

ESPAGNOL

Commenter en espagnol le texte suivant et le traduire de « Entre tanto, víctima de mi timidez... » jusqu'à la fin du texte.

La experiencia de los tres años de guerra creaba entre mí y mis compañeros de curso una distancia difícil de franquear. Mis intereses, preocupaciones, gustos, no hallaban un territorio común donde enlazar con los suyos. Mientras la mayoría de ellos habían vivido la contienda desde el otro bando y lucían orgullosamente su apariencia y modales educados, yo
5 había entrado ya en contacto con la crudeza real de la vida: su infantilismo, espíritu gregario, maneras distinguidas no se compadecían en absoluto con los hábitos de soledad y lectura contraídos en Viladrau. Con excepción de las asignaturas de geografía e historia, en las que destaqué en seguida al punto de corregir a menudo *in mente* a los profesores encargados de las mismas, mis notas eran ordinariamente medianas. En el recreo, me refugiaba en algún rincón
10 o lugar oculto acompañado de una novela o un libro ilustrado de geografía. Los esfuerzos por hacerme jugar al fútbol fracasaron siempre de modo lamentable. En los informes sicopedagógicos redactados anualmente para las familias, los Padres subrayaban, inquietos, mi aislamiento, falta de afición a los juegos, desinterés por mis camaradas, lecturas furtivas. El descuido en el vestir, mi carácter reservado y arisco no facilitaban tampoco la integración
15 en el aula. Aludiendo a las mangas excesivamente largas de una chaqueta ya vieja, uno de los niños elegantes y finos había observado con un deje de burla: «Tan joven ¿y ya heredas?» La frase me llenó de humillación e impotencia y acentuó mi misantropía. Los entretenimientos pueriles de mis compañeros, su código social, que no compartía, me retraían a mi mundo personal: casa de Pablo Alcover¹, juegos con Luis, charlas con Eulalia, lectura de diarios, recorrido voraz de manuales informativos con fotografías y estampas. Por esa época, había
20 oído contar a un amigo de mi padre a quien me referiré luego, un dramático episodio familiar acaecido en Canadá unos años antes: sus tres hijas vivían durante la guerra en un internado de lujo — una especie de castillo gótico con torreones y almenas — y la hermana menor y más bella pereció allí en un incendio. Al salir del colegio, calle de Angli abajo, repetía a los
25 alumnos vecinos las exóticas peripecias del drama, atribuyéndolas a mi propia familia. Una mitomanía precoz, sin duda compensatoria, se convertiría así durante algún tiempo en uno de los rasgos primordiales de mi carácter. El afán de sorprender, engrandecerme ante el prójimo,

ser admirado me impulsarían luego a escribir mis propios relatos, aprovechando los ocios veraniegos de Torrentbó. Entre tanto, víctima de mi timidez y asociabilidad, buscaba
30 ingenuamente la ocasión de maravillar a los demás con bruscas exhibiciones de largueza o atrevimiento. La abuela solía dejar el bolso en su habitación mientras comíamos y, con cualquier pretexto, me levantaba de la mesa y le birlaba tranquilamente los cuartos: primero, billetes de duro; luego, de veinticinco pesetas — una suma elevada en aquel entonces. Con el fruto de mis hurtos, subía por la calle Mayor de Sarriá y me detenía en la confitería que aún
35 pertenece, según creo, al poeta catalán que hoy más admiro: el surrealista J. V. Foix. Allí, los billetes de mi abuela eran canjeados por grandes bolsas de caramelos que, una vez en el colegio, distribuía con aire condescendiente entre mis condiscípulos. Esta liberalidad y munificencia — destacadas por el hecho de que mi escaso agrado por los dulces me mantenía desdeñosamente al margen de la subsiguiente arrebatina — me granjearon amistades
40 interesadas y halagaban mis sentimientos de despique y vanidad. Recuerdo el día en que uno de los Padres, al ver el suelo cubierto de papeles de caramelo, preguntó de quién provenían: me incorporé del asiento e inventé una fiesta de cumpleaños de un miembro de la familia. El sacerdote dio por buena la explicación y, en una actitud señoril², típica de aquellos tiempos, ordenó al fámulo — un alumno de origen humilde, que no pagaba la matrícula y
45 asumía la limpieza de las clases — que los barriera delante de todos antes de comenzar la lección. El muchacho le obedeció sin sonrojarse y mucho me temo que nadie en el aula se sonrojó por él.

Juan GOYTISOLO (1931-), *Coto vedado*, 1985.

¹ Pablo Alcover : nombre de una calle de Barcelona.

² Señoril : adjetivo derivado de «señorito ».